

consonni

Gemma Ruiz Palà

Una mujer de tu edad

TRADUCCIÓN
Gemma Deza Guil

«Una celebración literaria de las mujeres más allá de los límites de la edad». —**David Morán, *El Periódico***

«Gemma Ruiz subvierte “el tabú y el estigma” que envuelven la menopausia en su nueva novela». —**Efe**

«Una novela que presenta la segunda mitad de la vida como una etapa vibrante y de autoafirmación». —**Anna Maria Iglesia Pagnotta, *Quadern, El País***

«Gemma Ruiz Palà echaba de menos un referente de una mujer madura y, como no lo encontraba, ha decidido crearlo». — **Alba Richart, *El Nacional.cat***

«*Una mujer de tu edad* es un libro ágil, visual y divertido; de esos que, cuando empiezas, ya es difícil dejar de leer». —**Jordicine**

«La protagonista de la nueva novela de Gemma Ruiz Palà es una mujer que, después de media vida adaptándose al patrón que tocaba, decide que, a partir de entonces, hará lo que ella quiere». —**Diari Ara**

«El libro pone el foco en la segunda mitad de la vida de una protagonista muy vitalista». —**isabadell**

«La novela habla de menopausia, de deseo, de maternidad, de vocaciones aparcadas y de la necesidad de reapropiarse del propio tiempo». —**Nuria Mora, *Onda Cero***

Una mujer de tu edad

Gemma Ruiz Palà (Sabadell, 1975) es periodista y escritora. Ha trabajado en Televisión de Catalunya como cronista cultural, redactora jefe y subjefa de Informativos. En 2016 publicó en català *Argelagues* (Aulagas, consonni, 2025), su primera novela, que se convirtió en un fenómeno literario. Cuatro años después, la novela *Ca la Wenling* la consolidó entre los lectores. Con *Les nostres mares* (Nuestras madres, consonni, 2024) ha recibido el 62º Premio Sant Jordi de Novela. Su obra se ha traducido al inglés, al castellano, al francés y al italiano.



Autoría **Gemma Ruiz Palà**
Traducción del català **Gemma Deza Guil**
Corrección **Sonia Berger** y **Amelia Pérez**
Diseño de colección y maquetación **Rosa Llop**
Imagen de cubierta **Katrien De Blauwer**
Impresión en Galiza **Cosmos Gráfico**

Edición **consonni**
C/ Conde Mirasol 13-LJ1D
48003 Bilbao
www.consonni.org

Primera edición en español:
marzo de 2026, Bilbao

ISBN: 978-84-19490-75-9
Depósito legal: BI 00196-2026

Edición original en català: *Una dona de la teva edat*, Edicions Proa, 2025

© Gemma Ruiz Palà, 2025
© de la traducción, Gemma Deza Guil, 2026
© de la imagen de cubierta, Katrien De Blauwer, 2026
© de esta edición, consonni ediciones, 2026

Esta obra ha recibido una ayuda a la producción editorial literaria del Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

La traducción de la obra ha recibido una ayuda del Institut Ramon Llull.

llull institut
ramon llull

consonni es una editorial interdependiente con un espacio cultural en el barrio bilbaíno de San Francisco. Desde 1996 producimos cultura crítica y en la actualidad apostamos por la palabra escrita y también susurrada, oída, silenciada, declamada; la palabra hecha acción, hecha cuerpo. Ambicionamos afectar el mundo que habitamos y afectarnos por él. Escrito en minúscula y en constante mutación, consonni es una criatura andrógina y policéfal, con los feminismos y la escucha como superpoderes. Nos la jugamos en las distancias cortas.



Una mujer de tu edad

Gemma Ruiz Palà

Traducción de Gemma Deza Guil

consonni

A las mujeres de vuestra edad,
gracias por abrirnos camino.
Este libro es para deciros
que estáis todas al dente

Y a los hombres que me habéis confiado
que la mujer de vuestra vida
fue una mujer de su edad

Cómo fui a parar a esa primera noche ya llegará. Me hubieran echado las cartas hace un año y habría dejado a la pitonisa sin cobrar. A tomarle el pelo a otra, si me hubiera dicho que yo sería esta de aquí, ahora. Con esta persona durmiendo a mi lado. Dios mío. Con este canal de acuarela detrás de la ventana. Con este silencio limpio de cláxones y sirenas. Absolutamente paranormal.

Asomaba la cabeza para dar las primeras caladas y peché-peché, peché-peché, peché-peché, el agua rebotando entre las barcas me sonaba a besos, dios mío. Como la paloma que aterrizaba en el puente y me guiñaba el ojo. Una chaladura absoluta.

La luz de la farola me presentaba el escenario entero: un mapa de Venecia en la cabecera de la cama, un remo clavado en la pared, una bandera que gritaba *No Grandi Navi* con letras rojas. Un jarrón de cristal de Murano en el comedor, un mantel de encaje de bolillos, cuatro sillas de escay remendado. ¿Qué caray hacía yo en ese piso?

Pues tendría que pellizcarme y creérmelo, fuera lo que fuera.

Muy bien, Kate, esta eres tú, la protagonista, sacúdete el desconcierto y haz el favor de abrazar la fantasía.

Y cualquiera diría que dicho y hecho, ¿verdad? Pues para ir a parar a esa primera noche tienes que perder cosas, bastantes, empezando por la paciencia. Después, la obediencia, el *decórum*, el miedo por descontado. Luego tienes que

perder dinero, desengáñate. Y a continuación, el estatus, el respeto, las amistades. Y todo junto y de golpe hace daño, vaya si hace daño. Pero cuando pierdes a tus hijos... Cuando pierdes a tus hijos ya has coronado la cima, ya no hay dolor que pueda hacerle sombra.

Y si aceptas eso, si dices, de acuerdo, si pones la dirección que has dicho que pondrás a partir de ahora, tú, adelante.

Y por eso quería más. Había vuelto a la habitación y ya estábamos otra vez. Me había vuelto a poner encima suyo, bien acoplada. Y los cinco sentidos, y todos los no sé cuántos músculos, y todas las incalculables células, ya se me estaban volviendo a fundir en una sola aleación. Y estaba ya desatada, y no decía nada, ni me preocupaba nada. Era. Dios mío, ¡solo era! Más o menos la misma entidad que los bóxers blancos tirados sobre el terrazo. Que las manos que acogían el vaivén de las mías. Que el mosquito que revoloteaba por la moldura del techo. Solo era y estaba a punto de dejarme ir para dejar de ser cuando... ¡Hostia santa! Cuando se me empezó a prender el fuego.

Que sí, que ya lo sé que estar echando el polvo de tu vida y que te lo arruine un sofoco es una putada. ¡Bum! Onda expansiva desde el centro del pecho. ¡Bum! Pistola de cocina que enciende el ron del suflé. ¡Bum! Haz candente donde convergen todas las luces de la función. ¡Bum! Lava que desfigura la foto de la que un día fui.

Pero tú, adelante. Porque no se acaba el mundo, ni se te acaba la fiesta, qué va. Kate Primera Mitad de la vida, te presento a Kate Segunda Mitad, y tiene un spoiler para ti. Enciéndete otro cigarro de urgencia, si hace falta. Cierra los ojos, saborea la nicotina más tostadita y dulce. ¿Mejor? Pues ahí va, atenta: que estés echando el clavo de tu vida y te lo arruine un sofoco es el final de una cosa muy buena, de acuerdo. Pero ¿sabes qué? Que también es el principio de otra mucho mejor.

El vuelo

Me había emperrado en meterlo todo entre la mochila y el trolley. E iba repasando. Invitación oficial, cargador, batería externa, sobre todo, por si me llaman. Siempre pienso que serán ellos cuando me suena el teléfono, nunca lo son. ¿Qué más? Pasaporte, provisiones, cremitas... El mono de trabajo, el vestido, las deportivas y la gabardina. Ya solo faltaba que me cupiera la bolsita de la ropa interior y listos. Y entonces sonó el timbre.

—Es muy temprano para ir por las casas, ya lo sé, pero gracias, Kate.

La hija de la señora Adolfina venía a agradecerme las dos entradas con un plato de papas rellenas.

—¡Como las de tu madre!

—Seguro que no tan buenas. Pero sigo paso a paso la receta que le pedí que me explicara antes de que se fuera del todo.

Corrí a colgar la bolsita de la ropa interior detrás de la puerta, le arranqué el plato, lo dejé en el banco de la entrada, y ya teníamos manos para darnos un abrazo.

Hacia tres meses que la señora Adolfina había muerto y aún notabas la punzada. La última vecina de toda la vida que quedaba en la escalera.

—¿No me dijiste que era solo una semana? —dijo la hija de la señora Adolfina asomándose por encima de mi hombro, contemplando el caos que tenía sembrado en el piso de la tía Frankie.

—Cuando haces la lista te parece poco, luego, no sabes cómo, se multiplica. Ahora estaba probando con el equipaje que te dejan subir a cabina, por si puedo ahorrarme ir arrastrando el maletón.

—Venezia... ¿Puedo ir contigo? Te vas mañana, ¿no? —preguntó señalando el plato de papas rellenas.

—Esta tarde, pero no te preocupes que no se van a quedar aquí, serán mi cena. No puedes fiarte nunca del catering de risa de los aviones.

—¿Seguro? Si no quieres cargar con ellas, se las llevo a mi hija, que me hará una reverencia.

—Qué suerte.

—¿Los tuyos todavía...?

—Desaparecidos en combate, como decían antes en las películas.

—Me sabe mal, Kate. El día menos pensado...

Le iba a dar gracias por los ánimos, gracias por las papas rellenas y perdón por adelantado, si la obra que se estrenaba mientras yo estaba de viaje resultaba ser una lata, yo solo era culpable de la escenografía. Pero de repente, le cambió la cara y le entraron las prisas.

—Venga, que a ti todavía te quedan cosas por hacer. Me voy, Kate, que tengas muy buen viaje.

Me dio un beso, salió como una bala, y en cuanto cerró la puerta, vi que empezaba a abanicarse. Con las dos manos, como una poseída.

La hija de la señora Adolfina ya era de las mías. Del club de los sofocos.

*

Tenía ocho años. Habían venido las primas de Minnesota y habían traído una bandeja donde no cabían más rollitos de canela. Pero no perdieron el tiempo.

—¿O?

—¡Ornitólogo!

Yo no acertaba ni una.

—¿D?

—¡Democracia!

Las escuchaba admirada.

—¿A?

—¡Alegórico!

Y la canela siempre me ha colocado.

—¿B?

—¡Botánica!

Jugar a palabras de mayores, lo llamaban las primas de Minnesota.

—¿H?

—¡Hipoteca!

Me llevaban uno, tres y cuatro cursos de ventaja.

—¿C?

—¡Cefalópodo!

Y me estaban dando una paliza.

—¡M!

Mi prima mayor la sacó del pañuelo donde habíamos medido todo el abecedario mal recortado con las tijeras de la cocina. Me quitó el delicioso caracol de brioche de las manos y me plantó la M en la cara.

—¿Katie?

Yo venga a perseguir cada rastro de palabro que a mis ocho años hubiera podido registrar.

—¡Vaaa, Katie, que lento es un aburrimiento!

—¡No se sabe ninguuuna! ¡No se sabe ninguuuna!

—¡Salta el turno!

—¡Y eliminada!

—¡Que no! —las mandé callar—. Que sí que me sé una.

—¿De mayores?

—Sí.

—¿Seguro?

—¡Sí!

—Lo dudo...

—¡Vaaa!

—M de... Menopausia.

El mismo silencio, la misma estupefacción, el mismo repelús.

La misma vergüenza la segunda vez que la dije.

*

—¿Podemos hacer un descanso?

Estábamos a punto de estrenar una *Fedra* y andábamos probando la iluminación. Y es un momento delicado.

—¿Por favor?

El técnico seguía lanzando las memorias de luces sobre mi escenografía como si oyera llover. Y tuve que levantarme.

—Jeff, Beth, paremos, por favor...

Siempre tengo un agujero en el estómago, saldría antes a la calle sin bragas que sin provisiones, lo digo siempre, lo sabe todo el mundo, lo ven a diario. Pero *Jeff, Beth, paremos, por favor, que tengo que salir a comprarme un snack* con la boca aún impregnada de la trufa blanca del último grito en patatas fritas y una bolsa de mango deshidratado en la mano era bastante poco creíble. Y *Jeff, Beth, paremos, por favor, que tengo que ir un momento al lavabo*, más de lo mismo. Nunca he sido de las que se tienen que levantar tropecientos veces para ir a orinar, por suerte para mí. Y acababa de ir al baño. No supe qué inventarme y me venció la urgencia.

—Jeff, Beth, paremos, por favor, que estoy... —Y empecé a ventilarme estirándome del cuello del jersey—... que estoy un poco sudada. Muy sudada, de hecho. ¡Voy a refrescarme!

Me miraron estupefactos. Todo el mundo llevaba el gorro calado hasta las cejas. El que no se frotaba las manos, las tenía cobijadas bajo las axilas. Y el que no le daba sorbitos a un café humeante, se maldecía por no haber ido a buscar uno al Coffee Roasters de al lado. Hacía un frío de mil demonios, en aquella nave de ensayo. Y yo ya había metido una pata hasta el fondo, así que... de perdidos al río.

—Que ya me empieza a rondar la...

Giré sobre mis talones y empecé a desfilas hacia el aseo estirajeándome la puñetera lana. Podía palpar su incomodidad en cada fibra. En cada punto.

—Que ya me empieza a rondar la...

Y cada vez más bajito, como una diablura, como una acusación, como un secreto de Estado. Como un pecado.

—Que ya me empieza a rondar la... Menopausia.

Cuando se lo solté a las primas de Minnesota no sabía lo que decía. Hablaba de oídas. Cuando lo solté en la compañía de teatro, tres cuartos de lo mismo. La puñetera confabula-

ción, como diría la tía Frankie. Así es como ella adjetivaba todas las cosas importantes.

*

¡No! ¿La puñetera tarta de queso que me volvía loca, allí? ¿En el aeropuerto JFK? ¿En un quiosco de Eileen's Special plantado al lado de las neveras de sándwiches y refrescos corrientes y molientes? Dios mío, no me lo podía creer. Bajo la pantalla que anunciaba Venecia, la cola de embarque apenas empezaba a serpentear, aún tenía margen.

Como el cáliz más sagrado, noté que me la entregaban en las manos. Le di propina al chaval del quiosco por haberla tratado con la devoción que se merecía, abrí la caja de cartón y... dios mío, era exactamente la misma tarta de queso que me escapaba a comprar a la tiendecita de Eileen's Special cada vez que pasaba remotamente cerca, ¡lo habría adivinado con los ojos vendados! El queso en el punto justo de acidez y dulzor, la base de galletas Graham con el grosor y el crujido perfectos, el peso... El peso es crucial en una tarta de queso, a mí que no me vengan con experimentos *aéreos* o chorradas *semifundidas*, a mí que me presenten una porción que tenga el peso de un recién nacido, y entonces hablamos... Hummmm... La tarta que hacían en Eileen's Special era insuperable, qué cosa tan deliciosa, dios mío... A punto del éxtasis gastronómico, un tipo me llamó la atención con un movimiento de dedos.

¿Cómo? ¿Me estaba haciendo la mímica que yo les hacía a mis hijos cuando se embadurnaban? A mí. ¿Me estaba ordenando a mí que me limpiara la boca? ¡Qué se había creído! Pero te dices, va, no le hagas caso, pasa de ese imbécil.

Pues hasta aquí podíamos llegar. Y yo sin dejar de mirar al tipo fijamente: ¿de verdad que se ha ido a fijar en la única

miga de tarta de queso que no he tenido tiempo de relamer?
¡Las piernas largas, las puñeteras piernas largas, habría tenido que mirarme!

Habría sido precioso, sí. Me pasé la lengua por los labios, guardé la tarta para más tarde y me fui a embarcar. Sin haberle soltado el rapapolvo.

*

Si me hubiera atrevido a encararme con él, la tía Frankie habría estado orgullosísima de mí.

Era hermana de mi padre y dueña de la osamenta noruega que compartimos media familia. Tú también las tienes, estas puñeteras piernas largas que los vuelven locos, cookie, aprovéchalas. Nos llamaba cookie a todas las primas. Es una puñetera chiripa genética, pero más vale que lo sepas tú primero, que tus piernas hablarán antes de que tengas oportunidad de abrir la puñetera boca.

Mi padre nos decía, habla como un estibador de los muelles del Hudson, no le hagáis caso, niñas. También fumaba como un estibador de los muelles del Hudson. Se encendía un cigarrillo con otro, la tía Frankie. Ella fue quien me enseñó a fumar. A mí y a todas mis primas, regalo de los catorce años, ¡cookies!

Te defiendes más que bien con un puñetero cigarrillo en la mano, decía siempre, te da margen, y te enseña a actuar. Eso de ahí fuera es la jungla, cookie, una jungla cojonuda, si te sabes acostumbrar. Yo preferí la jungla a la jaula donde se encerró tu madre, la jaula con la cocina, el horno eléctrico y la tarta de arándanos. Y he pagado un precio por esquivarlo, por supuesto, pero lo volvería a pagar. La vida te pone la zancadilla porque sabe que te levantarás, que te sacudirás la

falda y tirarás adelante. Por más mierda que te tengas que tragar, eso también tienes que saberlo, cookie.

¿Te acuerdas de las batallitas de los clientes? La del rey de las mostazas me la pedíais siempre. Y yo os explicaba que me tuve que hacer experta en la pesca del salmón de la noche a la mañana. A vosotras os hacía gracia el ceremonial del pescador, que me rascase la cabeza y el culo durante las horas y más horas de aburrida espera, y la pose de fantoche y las carcajadas cuando picaba el salmón más grande del lago Michigan.

El caso es que el rey de las mostazas ya sabía que yo diseñaba su nueva campaña, ya sabía que hacía tiempo que yo no era la secretaria de la agencia de publicidad. Pues en la primera reunión solo me dirigió la palabra para decirme, se ha dejado la libreta para apuntar, *chata*. En la segunda no me miró ni una sola vez a la cara, ni cuando le argumentaba el eslogan, ni cuando le justificaba las ilustraciones, nunca, ni una puñetera vez, cookie. A la tercera llegué con los deberes hechos, había averiguado su hobby, le había demostrado que podía llegar a saber más que él de la puñetera pesca del salmón, y dejó de humillarme.

Pues vaya mierda de victoria, cookie.

¿Mostaza King, la única que se abre sin necesidad de cuchillo, de abridor e incluso de marido! ¿Eres lo bastante mujer para comprar la mostaza de un hombre? Esa fue la campaña que hicimos para el rey de las mostazas, cookie. Y esta, la que hicimos para la puñetera marca de tabaco que yo fumaba: Los cigarrillos Silva son como las mujeres: los mejores, delgados y sabrosos.

¿Eres consciente del alcance de lo que te estoy contando, cookie? Las pocas como yo que hacíamos de copy y de creativas en la agencia de publicidad, las pocas como yo a las que

nos parecía que estábamos llegando a algún sitio, alcanzando el puñetero sueño, ¡solo estábamos fabricando balas para el enemigo! Queridas, les gritábamos desde los anuncios, no sois más que un cigarrillo para chupar y tirar, un cero a la izquierda que solo sirve para salir corriendo a comprar lo que os decimos que vayáis a comprar. Nos estábamos dejando la piel trabajando en contra de las nuestras... ¡y no nos dábamos ni cuenta!

Y si lo miras fríamente, ves que no había ninguna otra lógica posible. Porque ser del boys club, de ese club de hombres, hombres y más hombres en cuya cima se acaba encontrando a dios, les hace creer que ellos también pueden jugar a serlo. Y si dios no tuvo ni la puñetera decencia de hacer a las mujeres de un pedazo de barro nuevo, sino que tuvo que aprovechar una costilla de Adán, pues imagínate los boys lameculos de abajo, ¿te crees que no iban ellos a copiar la mezquindad de dios? Madison Avenue y toda la camarilla de publicitarios, unos vulgares fabricantes de costillas, cookie. Unos fabricantes de mujeres cortadas por el mismo patrón, a punto para encerrarlas en la jaula hasta que se evapore la juventud, la delgadez y la belleza, y entonces patada en el culo y al cubo de la basura.

Es la puñetera confabulación y no se acaba nunca, cookie. Porque el día que el mundo salte por los aires, ellos todavía seguirán con su: *tú sí, tú no, tu así, tu asá*. Haciéndonos el casting, fabricándonos.

La tía Frankie fue mucho más que una colaboracionista de los fabricantes de costillas. Fue mi norte. Lástima no haberla podido llamar para quejarme de los primeros sofocos, para que me explicara qué puñetera función biológica tenían, si es que tenían alguna. Dejó este mundo una madrugada de hace nueve años y medio, después de haberse fumado plácidamente el último cigarrillo Silva, delgado y sabroso como

una mujer. Pero lo sabe. Todo lo que me ha pasado y todo lo que he hecho. Lo sabe y me dice *¡la puñetera jungla, cookie!*, y se lleva la mano a la entrepierna como cuando le pedíamos que imitara al rey de las mostazas.

*

Mis vecinos de fila eran de los que se ponen a dormir nada más abrocharse el cinturón de seguridad. Clac, y al instante momificados con la manta, el antifaz colocado, la cabeza inclinada. Qué maravilla, deleitarse sin que nadie venga a perturbarte la intimidad. Esperé a que hubiéramos despegado, y cuando ya habíamos alcanzado la velocidad de crucero, hummm... todavía más celestial, la tarta de queso de Eileen's Special.

—Es que cumple dieciocho años.

Pues va y la azafata tuvo que cortarme el suspiro. Con una risita y las cejas arqueadas en dirección a la pasajera del otro lado del pasillo, que se acababa de levantar.

—Las encuestas nos estaban advirtiéndolo de que ya no somos la compañía favorita de la gente joven. Y estamos atacando el asunto.

Y empezó a enrollarse sobre no sé qué de una promoción para los que llegaban a la mayoría de edad aquel año. Y que no me sentara mal, por fin iba al grano, que no me molestara si, a la hora de la comida principal, veía que a ella le traían un menú especial.

¿Miniatura de ternera reseca en lugar de miniatura de pollo reseco, un menú *especial*? Venga ya, hombre, si la que se morirá de envidia será la chica de los dieciocho años, cuando me vea destapar el plato de papas rellenas especialidad de la señora Adolfina. Pero si se querían hacer ilusiones por su gran comilona de cumpleaños, por mí que no quedara.

—Sí, sí, de acuerdo, y gracias por las explicaciones —le dije a la azafata para no alargarlo innecesariamente.

—¡Quién pudiera volver a los dieciocho, ¿eh?! —lo alargó innecesariamente ella—. Yo ya tengo unos cuantos más —y se los guardó con una mueca.

Ella, que no debía de llegar ni a los treinta, dios mío, la puñetera confabulación cada vez nos hace avergonzarnos más pronto. El tiempo que hace que yo respondo *unos cuantos, bastantes y demasiados* al que se atreve a felicitarme por mi cumpleaños y tiene la jeta de esperar una cifra. Que antes muerta que admitir *este año cumplo* **. Mi padre vendió muchos coches de segunda mano. Después de pasar por el planchista, el mecánico y el tapicero, daba gusto verlos, todos con el adhesivo de seminuevo en el parabrisas, por supuesto. ¿Quién es el valiente que se atreve a salir al mercado enseñando todas las cartas, eh? ¿Quién confiesa cuántas ruedas, cuántos cambios de marchas, cuántos frenos? ¿Quién es la bonita que se arranca la etiqueta de seminueva y dice la edad cuando quizá te están a punto de echar cinco, diez o un año menos, eh?

Vieja, pues qué remedio, pero boba no hace falta.

Que el condenado juego de las palabras de mayores de las primas de Minnesota hace gracia hasta que te haces mayor. Y te lo encuentras de sopetón. Sin previo aviso, sin entenderlo. Sin mereértelo.

*

Con el primer sofoco, nah, es esta calefacción, en Nueva York siempre la ponen a todo meter. Con las primeras dioptrías, nah, es esta letra, los restaurantes cada día la usan más pequeña. Con el primer michelín de más en la barriga, nah, es

este vestido, los tejidos de ahora se encogen con la lluvia. Y con el primer perigallo bajo la barbilla, nah, es esta luz, la cenital siempre te hace una mala sombra. Lo niegas, lo niegas, lo niegas, lo niegas...

Pero sales corriendo a buscar las dichosas cremas que aquella caracterizadora llevó al ensayo de aquel *Hamlet*.

Era una producción para el Off-Broadway y de pequeño formato, pequeñísimo, pero les planté la fortaleza de Disneylandia en el escenario. Estaba haciendo limpieza de los juguetes de los niños, ya había hecho tres viajes a la calle y volví sobre mis pasos para rescatar el castillo. Habían jugado muchísimo con él, antes de empezar con la cantinela de que era de niñas y arrinconarlo. ¿Por qué no situar dentro el tufo a podrido de Elsinor? El asesinato del rey, las apariciones fantasmales, las dudas del joven príncipe con la calavera en la mano, la venganza... Bien mirado, ¿no era también la fantasía más turbia, la que tenía el amigo Walt en la cabeza? Se habrían entendido a las mil maravillas, con el amigo William, ya lo creo. E hice un castillo Disney para *Hamlet*, de contrachapado. Me quedó idéntico, pintado de los mismos colores inquietantemente edulcorados. Causó sensación. En las reseñas mencionaban mi nombre por primera vez: *El diseño de escenografía es de Kate Gold, un castillo tan hiperbólico, irónico y fuera de contexto que resulta clave para la credibilidad de la versión desacralizadora que la directora Sarah Waters ha querido hacer de este Shakespeare.*

*

Estábamos en medio de una pausa, la caracterizadora nos avisó de que tenía unos productos de regalo y, no se hable más, la productora, la actriz que hacía de reina Gertrudis, la

jefa de vestuario, la regidora y yo, todas de cabeza hacia el camerino pensando que saldríamos cargadas con el último grito en rímel y pintalabios.

—Antiarrugas, antiojeras, antienvjecimiento, antiedad, ¿y qué me decís del antilíneas de expresión? Los nombres son fatales, corazones —decía mientras iba sacando de la bolsa todo un repertorio—. Yo las llamo antipersona, como las minas, porque te ayudan, pero también te matan un poco. Oyes un tiro, buscas al pobre ciervo, te palpas la molestia en el cuello, porque siempre empieza por el cuello, corazones, y te das cuenta de que no hay ningún ciervo, de que la sangre es tuya, de que a quien han disparado ha sido a ti. El cuello no engaña, ya lo decía Nora Ephron, y entonces te acuerdas, te acuerdas siempre del espejo donde te pareció que quizá, malditos espejos. Yo había ido a ver a mis padres, que tienen un cuarto de baño pequeño y mal iluminado, y me respondí lo que nos respondemos todas: una mala sombra. Al día siguiente ya sabía qué casas de cosméticos ofrecían el mejor producto al mejor precio. Deformación profesional, ¡y para no dejarme el sueldo, corazones!

La caracterizadora veía que no nos dábamos por aludidas, que no picábamos el anzuelo, que no pasábamos del *ajá* de cortesía.

—Bueno, corazones, yo os las dejo aquí, por si las queréis probar. Una amiga farmacéutica me regaló un pílón de muestras y yo tengo un cuarto de baño bien iluminado pero igual de pequeño que el de mis padres y ya no se cabe, con tantos potingues.

Por los crecs y por los zips intuíamos que ya estaba guardando sus utensilios, que ya estaba cerrando los neceseres.

—Si solo vais a coger una, que lleve filtro solar, sobre todo. ¡A partir de ahora, el sol es vuestro enemigo número uno!

Y nosotras, nada, hipnotizadas por las monodosis que desfilaban sobre el tocador.

—Y si sois constantes, os notaréis la diferencia, creedme.

Y nosotras allí, inmóviles, a la distancia de un cegador peligro radiactivo.

—Bueno, pues ya me diréis el qué, ¿eh? Y otro día que coincidamos os explicaré las bondades de la pomada de progesterona, corazones, porque diría que todas rondáis la edad de comenzar a ponerlos y que tampoco tenéis ni pajolera idea.

No esperó a que le diéramos las gracias. Era más veterana que nosotras, ya había pasado por aquello, ya sabía cómo nos había dejado. Con la flecha clavada en el talón de Aquiles, heridas y espoleadas a reaccionar.

Al día siguiente empecé a untarme clandestinamente. Me esperaba hasta que la piel hubiera embebido todos los séruns, hasta que los muslos hubieran fundido la gelatina de hormonas, hasta que la cara y el cuello hubieran absorbido la perla de retinol. Y ya lo tenía allí.

—Perdona, Katie, pero te estás excediendo de tu tiempo y tengo cierta *necessitates*, tendrías que salir *ipso facto*.

—¡El hilo dental es adictivo, Rob!

Salía del baño enseñándole la sonrisa y escondiéndole las cremas, y le cedía el trono.

*

Yo acababa de estrenar líneas de expresión y noches infernales. Rob acababa de estrenar amante. Antes muerta a que oyera de mi boca la maldición, *menopausia*. Que de mi comportamiento dedujera la autocombustión que me torturaba el sueño media docena de veces cada noche, *sofocos*. Los

aguantaba muy quieta y me quitaba la ropa empapada en un pispás. Antes chamuscada en silencio a que me asociara con aquello.

Menopausia.

Sofocos.

Decadencia.

Rob era un devoto de la juventud, *tempus fugit*, un esclavo de la belleza. Lo decía con declamación afectada y poniendo los ojos en blanco, pero lo decía. Y como yo ya me lo encontré así, no podía quejarme. Como yo también fui una amante de estreno, solo podía estar agradecida. De que el gran catedrático me hubiera escogido a mí. De que el gran catedrático fuera mío. Las cosas no habían ido del todo así, a Rob le hizo falta un empujoncito. Pero bien que yo había acabado llevando su apellido, ¿no? Y bien que era la madre de sus hijos, ¿verdad?

Hay quien tiene los pies planos, astenia primaveral, daltonismo... Rob era de tener una aventura nueva cada curso. Qué gran proveedora, la universidad.

Y no es que hiciera ostentación de ello. Rob no perdía nunca los buenos modales. Disculpa, por favor, gracias y latinismos en cada frase. Pero yo me percataba enseguida. Porque él comía la mitad y yo el doble.

Al principio me traía de cabeza. ¿Es que no me ha quedado rico hoy? ¿Te he puesto demasiado? ¿Te encuentras mal? Todo era una *delectatio* y siempre se encontraba de fábula, gracias, Katie. Pero medio plato sin tocar. Con el tiempo entendí que cenar en casa quizá fuera un suplicio, si has arramblado con el pisolabis al salir del campus. Con el pisolabis y con la que ha picado, porque también venía satisfecho de cama.

Se giraba, buenas noches, Katie, y se quedaba frito al instante. Le oía los mismos resoplidos relajados que cuando acabas de echar un kiki y pensaba, conmigo no ha sido, cabrón.

Me levantaba como los ladrones y empujaba suavemente la puerta de la cocina. Me zampaba todo lo que él se había dejado y sacaba aprisa el vibrador de dentro de la manga pastelera: hola, viejo amigo. Me envolvía en el albornoz y, con el culo pegado a las baldosas amarillas, me tomaba mi postre. Acabado el festín, me asomaba a la ventana a fumar.

Dos caladas solo, las primeras, las que siempre me han vuelto loca, las de la nicotina más tostadita y dulce.

Escondía el paquete de tabaco en el armario de escultura, me enjuagaba la boca con elixir para matar el olor que Rob detestaba, y volvía a nuestra habitación. Y ya podía resoplar relajada como si hubiera echado un kiki.

Los orgasmos eléctricos me proporcionaban paz; la pomada de progesterona, tregua de los sofocos. Pero no amnesia. Y yo lo sabía. Sabía que si hacía ** años yo tenía veinte, ellas tenían veinte. Que daba igual que Rob llegara a la jubilación, que ellas siempre veinte. Y lo certifiqué una noche en casa.

*

—¿Auriculares? ¿Auriculares para nuestra amplia oferta de entre...?

Entendí que la azafata decía *entrenamiento* en lugar de *entretenimiento* y pensé, dilo, dilo, ya lo puedes decir, si es tal cual. Me he dedicado media vida al teatro, pero mi madre nos crio a base de películas. Películas a todas horas, películas antes que nada. Antes de aprender a leer, antes de aprender a nadar, antes de aprender a ir en bicicleta. Películas antes de aprender cómo funcionaba un poco el mundo. Películas como si fueran el mundo.

Le cogí los auriculares y de toda la amplia oferta elegí... Dios mío, la de años que hacía que no la había vuelto a ver,

solo la recordaba como una alucinación. Marcello Mastroianni, Anita Ekberg... y la Fontana di Trevi, por supuesto. Elegí *La dolce vita*.

*

No quedaron ni las ternillas, del pollo al estragón que les había cocinado aquella noche. Ni una piel del boniato con praliné de naranja y gorgonzola que lo acompañaba. El pudín de coco y chocolate blanco también había volado de la bandeja. Era la hora de tomarse la copa.

Los hombres en el comedor, las mujeres en la cocina, como en una obra de George Bernard Shaw.

Yo quería enseñarles a las mujeres de sus colegas de departamento la última *esculturita* que había hecho. Acababa de sacarla de la bañera, porque no me había cabido en el fregadero. Y lo cacé al vuelo.

—Es lo único que me hace sentir vivo...

Me detuve en medio del pasillo.

—Hace décadas que repito el mismo temario, no sé cómo aguantamos un *tormentum* como ese, es insufrible, señores míos. Solo cuando veo a las ninfas que me miran con esos ojillos, con esa fe, vuelvo a vibrar. Vuelvo a vibrar y... *carpe diem*, invito a la más interesante a tomar una copa después de clase.

Fui a la cocina tragándome los mocos y entré poniendo voz de cine.

—¡Tachán!, aquí la tenéis, mi *esculturita*, ¿un dry martini?

*

Esos días me tocaba encolar las sillas del comedor de la obra *Muerte de un viajante*. Solo quedaba yo, en el teatro. Con los travesaños y las patas en la mano, no podía dejar de oír

a Rob: *Es lo único que me hace sentir vivo, es lo único que me hace sentir vivo...* Tú dirás, destapar un tubo de pegamento nuevo, reventarle el precinto y admirar cómo mana la confiada y jugosa cola. ¿Qué es eso al lado de apurar las carnes de ese otro tubo a cambio de una última y esforzada escurridura? Tú dirás, cabrón.

Las mujeres de sus colegas de departamento siempre celebraban mis *esculturitas*. Pero por más agradables que fueran, no eran mis amigas. En la cocina no me había visto con fuerzas para sacar a relucir ni las amantes de estreno de Rob, ni mucho menos mis noches de sofocos. A mis amigas-amigas las había ido perdiendo por el camino del matrimonio.

Envidiaba rabiosamente a Carrie, Charlotte, Miranda y Samantha. Pensaba cuál, cuál.Cuál sería yo, si las cosas hubieran ido de otra manera. Pero no. En mi Nueva York, yo ni tenía a amigas de esas ni tampoco tenía aquel sexo. Por supuesto que en el teatro tenía mi ambiente, pero sin interioridades. Mis primas de Minnesota, demasiado lejos, la tía Frankie ya no estaba, ni la abuela Giulia. Ni mi madre, el último recurso, pero un recurso al fin y al cabo. Porque de los hijos ya ni hablamos, uno tocando el violín en la Orquesta Sinfónica de Montreal y el otro desarrollando aplicaciones para móviles en San Diego. ¿Menoqué?, me habrían contestado. Más o menos como Rob, que suponiendo que se hubiera curado de tener amantes de estreno, y suponiendo que aún me mirara como a una monada de veinte años, ¿qué habría podido decirme al respecto? Él, la etimología griega de la palabra sí, pero para de contar. Por lo demás, absolutamente cero interés por esta etapa de la vida.

Y con un panorama así no sabes a quién llamar. La menopausia la pasamos todas, hostia, ¿cómo puede ser que tengamos que hacerlo en solitario? Porque tampoco sabes a quién

mirar. Y estudio de mercado sí que haces, como la caracterizadora. Y ves que... ¿dónde diantre están las mujeres de tu edad en los anuncios? ¿Dónde están las que podrían servirte de modelo, de compañía, de tregua, de descanso? Pues como en el teatro y en el cine, en ninguna parte. Los fabricantes de costillitas de los cojones nos han programado la obsolescencia como a un lavavajillas. La puñetera confabulación, como decía la tía Frankie: porque la única puñetera mujer de tu edad que verás será la que te quiere vender ultraabsorción para cuando te orines encima. Desgraciados.

*

Había cenado la especialidad de la señora Adolfina, y qué recuerdos de la primera vez que me fui a vivir al piso de la tía Frankie, dios mío. Habría traicionado a todas las vecinas de la escalera, si no hubiera compartido aquellas gloriosas papas rellenas con la chica de los dieciocho años del otro lado del pasillo. La había visto masticar la miniatura de ternera reseca de su menú especial con tal decepción...

También había podido dormir un par de sueñecitos largos sin sofocos, aleluya.

Y había empezado y acabado un librito precioso sobre Venecia.

Ya no sabía dónde poner mis puñeteras piernas largas ni qué más hacer.

Las momias de mi fila se habían liberado de las mantas, de los antifaces y se iban pasando una bolsa de cacahuetes. Tenían la vista clavada en el asiento de delante, concentradísimos, como si estuvieran en el cine. Como unos auténticos profesionales de los vuelos transoceánicos. Cuando se me había abierto el apetito había dejado *La dolce vita* justo en

el momento en el que pasean a Jesucristo en helicóptero por el cielo de Roma. Hice como ellos, me volví al cine. Y en el instante en que salía Marcello... ¿fundido a negro?

—¡Señorita, por favor, aquí, aquí!

La azafata empezó a pulsar botones, nada que hacer. La pantalla podía ser nueva, sí, *novísima y con todas las prestaciones para captar a la juventud*, pero no les había durado ni el tiempo de cobrar.

—Es la única de todo el pasaje, la única de los trescientos cincuenta pasajeros —iba justificándose como si me fuera a servir de consuelo.

—Vale, vale —le dije para que me dejara en paz el último tramo del vuelo.

Tenía razón.

Los éxitos de taquilla que veían mis vecinos iluminaban el Boeing 777 sin traba alguna. Los ojos me saltaban de un tiroteo impecable a un sabotaje nuclear. De un partido de béisbol épico a una Nochebuena con visita inesperada. Y todas las películas en danza, todo como la seda.

Una opción habría sido seguir alguna de esas películas, se podía sin los auriculares, perfectamente. Me pasé unos buenos diez minutos acertando una secuencia tras otra del thriller del señor de al lado. Y habría podido seguir hasta el final, dios mío, si cumplía a pies juntillas el guion más tópico. Y yo con *La dolce vita*... Y yo, la única de los trescientos cincuenta que kaput. Quizá me estaban haciendo pagar la rareza con una ración extra.

Pasaban con el carrito de la basura y les alargué el plato de las papas rellenas. De plástico de un solo uso, válgame dios, tendré que hablar seriamente con la hija de la señora Adolfina. Y volví a verla detrás de la puerta, abanicándose a dos manos como una poseída, pasando la puñetera menopau-

sia en solitario. Todas antes muertas que declararlo y caer en el agujero negro de los cacharros obsoletos, tú dirás.

Y ahora me parecía tristísimo. Porque cada vez que nos lo ocultamos, como la hija de la señora Adolfina esa misma mañana, o como nosotras aquel día con la caracterizadora, cada vez que nos hacemos las distraídas, ¿no estamos acaso fabricando balas también para el enemigo? ¿No estamos contribuyendo a borrarlos del mapa como si fuéramos un pueblo maldito?

Y darme cuenta de eso me daba rabia, ya lo creo.

Pero era otra cosa lo que me estaba asando las mejillas.

Un sofoco, mierda.

En el lavabo de juguete del avión, después de remojar me la cara y secarme con el papel de manos mientras rebotaba a lado y lado, gentileza de las últimas turbulencias, me crucé la mirada en el espejo, malditos espejos. Con esta sudada seguro que se me ha perdido medio efecto, me temí sometiendo a mi piel a la rueda de reconocimiento.

Porque feminista sí, pero como una pasa no hace falta.

Y cuando volví al asiento, mierda-mierda-mierda, si al final había tenido que facturar la maleta pequeña por los dichos potingues, si mis encubridores de edad, de arrugas, de ojeras y de líneas de expresión triplicaban las dimensiones permitidas y habían tenido que viajar en la bodega del avión, fuera de mi alcance. Quizá en la mochila... Rebusqué frenéticamente por si había alguna muestra *antitú* de casualidad y, uf, ¡sí! Así, muy bien, la crema bien esparcida por toda la cara. Y por el cuello, Kate, por el cuello, acuérdate de la caracterizadora, acuérdate de Nora Ephron.

Y ahora sí, razonablemente presentable para hacer de escultora norteamericana que expone en Venecia.

Traducción

Gemma Deza Guil (Barcelona, 1974) es humana y traductora licenciada. Ama traducir literatura para consónni, que le ha permitido explorar mentes como las de Montserrat Roig (*Tiempo de cerezas*, *La aguja dorada*), James Alan McPherson (*Espacio vital*) y Gemma Ruiz Palà (*Nuestras madres*, *Una mujer de tu edad*); disfruta ampliando horizontes de conocimiento con editoriales como Península (*Auge y caída del orden neoliberal* de Gary Gerstle) o Capitán Swing (*Más allá* de Stephen Walker), y adora corregir a otras traductoras y a otros traductores humanos que le han llevado a escalar montañas (con Akwaeke Emezi) y vadear ríos (*Y se oía a los grillos cantar* de Corina Sabău y *Autobiografía de un pulpo* de Vinciane Despret) que están configurando en ella un nuevo paisaje emocional y mental.

Imagen de cubierta

Katrien De Blauwer crea fotomontajes combinando imágenes encontradas en revistas de moda, cine y fotografía para componer evocadores collages. A menudo denominada «fotógrafa sin cámara», recorta y reensambla imágenes con gestos espontáneos y pictóricos, evocando atmósferas del cine negro. Formada en arte y moda en Bélgica, ha publicado numerosas monografías, entre ellas *Stills*, *When I Was a Boy* y *Blue Bruises*.

La colección **El origen del mundo** rastrea otras formas de pensar, sentir y representar la vida. Resignificamos el título del conocido cuadro de Courbet desde una mirada feminista e irónica, para ahondar en la relación entre ciencia, economía, cultura y territorio. Literatura que especula, ficciona y disecciona realidades. Sumergidas en la turbulencia, amplificamos ideas contagiosas y activamos teorías del comienzo.

Grupo asesor

Esta colección se gestó inesperadamente en una comida de cumpleaños de una amiga, a partir de la insistencia por traducir y publicar otras voces. Fieles a este espíritu original, conformamos un grupo asesor en contenidos. No un reducido comité de expertos, sino una muestra de la comunidad amplia y diversa a la que apelamos. Conformamos así una sociedad no secreta con la que compartir conocimientos, a la que escuchamos propuestas. Algunas se publican en esta colección o saltan a otra, algunas se quedan en la recámara, otras no serán. Queremos visibilizar este apoyo y asesoramiento generoso y muchas veces informal, que muchas de vosotras nos vais proporcionando. Entre otras inspiraciones, en 2026 este grupo flexible que nos ha propuesto contenidos ha estado principalmente compuesto por:

Ixiar Rozas, Maielis González, Leire Milikua, Helen Torres, Maria Ptqk, Blanca de la Torre, Teresa López-Pellisa, Elisa McCausland, Rosa Casado, *Pikara Magazine*, Arantxa Mendiharat, Arrate Hidalgo, María Navarro, Remedios Vincent, Daniel García Andújar, Verónica Gerber Bicecci, Iván de la Nuez, Alicia Kopf, María Colera, Cabello/Carceller, Cristina Ramos González, Rosa Llop, Claudio Iglesias, Constantino Bértolo, Tamara Tenenbaum, Tania Pleitez, Marta Rebón, Rakel Esparza, Lilian Fernández Hall, Mariano Villarreal, Jorge Carrión, Beñat Sarasola, Katixa Agirre, Goizalde Landabaso, Uxue Alberdi, Carlos Almela, Txani Rodríguez, Mónica Nepote, Laura Casielles, Itzea Goikolea Amiano, Ana González Navarro, Mercedes Melchor, Luz Gómez, Georgina Monge López, Leire Bilbao, Elena Medel, Elisabeth Massana, Beñat Saratxaga...

La artista de la imagen de cubierta ha sido sugerida por el arquitecto Beñat Saratxaga.

www.consonni.org

Producimos y editamos cultura crítica

El origen del mundo

Una mujer de tu edad se terminó de imprimir por Cosmos Gráfico, en Cambre, Galiza, el 1 de marzo de 2026, en el aniversario del nacimiento de Javiara Carrera (1781), patriota independentista que bordó una de las primeras banderas chilenas y articuló redes políticas en tiempos de revolución; de Frédéric Chopin (1810), compositor romántico que revolucionó el piano con una voz íntima y política a la vez; del músico y director estadounidense Glenn Miller (1904), que convirtió el swing en un lenguaje popular de guerra y de baile; de Rosa Graña Garland (1909), pionera de la alta costura peruana y empresaria que profesionalizó el diseño local; de Mapy Cortés (1910), actriz y vedette puertorriqueña naturalizada mexicana, figura de la Época de Oro del cine mexicano; de Rina Ketty (1911), cantante ítalo-francesa cuya voz melancólica marcó la Europa de entreguerras con su célebre “J’attendrai”; del novelista afroestadounidense Ralph Ellison (1913), autor de *Invisible Man*, que diseccionó el racismo estructural desde una prosa magistral; de Zulfiya Isroilova (1915), poeta nacional uzbeka que abrió camino a las escritoras de Asia Central; del cantante, actor y activista Harry Belafonte (1927), “rey del calipso” y símbolo de la lucha por los derechos civiles; y de la actriz y escritora Lupita Nyong’o (1983), primera keniana en ganar un Óscar interpretativo y referente afro en Hollywood. Por mencionar tan solo a algunas de las muchas activadoras de comienzos.